

## Levántate

Muchas personas de nuestra sociedad critican a los inmigrantes que vienen a nuestro país. Dicen que roban los trabajos a los españoles, pero lo más probable es que nunca se han preguntado por lo que han pasado para tomar esa decisión tan difícil. Por eso he elegido esta historia que podría haber sucedido al lado de nuestra casa.

Hola, me llamo Kala, tengo 26 años y llevo 11 viviendo en España, tengo 2 hijos de 3 y 2 años, la mayor es Sofía, el pequeño Guillermo y estoy casada. Aunque no nací ni me críe en España, me siento española, ya que lo que encontré aquí me ayudó a ser quien soy:

Tenía 14 años, vivía con mi madre, mi padre y mis dos hermanos pequeños Abbas y Abbud, los gemelos. Éramos una de las familias más ricas de Damasco, ya que mi padre tenía empresas por todo el mundo, principalmente de carne Halal. Era un día como cualquier otro, soleado y con el cielo despejado, estaba en el colegio y quedaban 2 horas para salir de clase; entonces empezamos a escuchar disparos y bombas que explotaban cerca de donde estábamos; ese ruido atronador venía de todas partes de la ciudad.

Nos refugiamos debajo de las mesas por miedo a que explotase una bomba en la escuela. Mis padres vinieron a buscarnos. No entendíamos nada, no sabíamos qué estaba sucediendo. Llegamos a casa y nos dijeron que teníamos que coger lo imprescindible. Cogí mi móvil, una botella de agua y un peluche que me regaló mi abuela cuando era pequeña. Nos montamos en el coche y estábamos a punto de salir de Damasco; pero, entonces, unas personas con media cara tapada con una especie de bufanda, nos pararon e hicieron bajar a mis padres del coche; fueron reconocidos ya que eran bastante populares en la ciudad y, casi de inmediato, fueron ejecutados; a mis hermanos pequeños también los mataron.

Intentaron llevarme con ellos. Escuche unos disparos y esos hombres cayeron al suelo. Salí corriendo, no sabía hacia dónde iba, pero solo quería huir. Al cabo de un día andando por el desierto, sin haber comido ni bebido nada, llegue a una pequeña ciudad en la que parecía que no había pasado nada; pregunté a un señor mayor que vi por la calle; le pregunté si sabía qué había pasado en Damasco y dijo que se había producido un ataque por parte de unos rebeldes.

En el centro del pueblo vi una pequeña fuente donde bebí agua. Entonces vi que se acercaban unos camiones blancos hacia donde estaba yo. Una mujer muy pálida bajó de uno de esos camiones y me preguntó si estaba bien. Le conté lo que me había sucedido y me dijeron que subiera con ellos. A pesar de que no me fiaba mucho, subí, ya que no tenía a ningún sitio al que ir; comencé a llorar y la mujer se acercó a consolarme y, al final, consiguió incluso que sonriera. Me dijo que se llamaba María y que era de España. Fuimos a un lugar donde había por lo menos 200 personas heridas y había muchas tiendas de campaña. Me preguntaron si podía ayudarles ya que no estaba herida y me encontraba bien, a pesar de que tenía hambre. Tras estar un rato ayudándoles rompí a llorar de nuevo al recordar todo lo que me había sucedido y por lo que estaba viendo. Cuando consiguieron que dejara de llorar, vi un convoy de siete camiones como

los que me habían traído, estaban llegando y entonces comprendí que tenía que ser fuerte por todas aquellas personas que estaban peor que yo.

Pasaron unas semanas y el lugar en el que estaba se había vuelto gigante, se había montado incluso una escuela a la que yo iba todos los días.

Una noche, nos levantaron a todos diciendo que teníamos que irnos. Los rebeldes se acercaban, todos salimos corriendo y nos dispersamos por donde pudimos. A lo que me di cuenta, yo estaba sola otra vez en el desierto, pero esta vez sí que sabía hacia dónde tenía que ir. Llegué a un pueblo a unos 30 km de aquel lugar al que había empezado a considerar mi hogar. Estuve trabajando limpiando las casas de las personas adineradas de aquel pueblo que, para ser un pueblo, era bastante grande.

Tras un año trabajando todos los días, conseguí reunir suficiente dinero como para comprar un billete de vuelo a Marruecos y, desde allí, ir a España pues María me había hablado mucho de su país. Me contó que en España la gente era muy solidaria, amable y comprensiva.

Uno de los vecinos del pueblo me llevó al aeropuerto, donde cogí un avión que me llevaba a Casablanca y desde allí, en ferry, llegaría a España. Al llegar a Casablanca visité un poco el lugar ya que el ferry salía al cabo de 6 horas. En una calle por la que paseaba me robaron todo lo que tenía y me quedé sola y sin medios para llegar a España.

No tuve más remedio que dormir en la calle ya que también me habían robado el billete que tenía para coger el ferry. Estuve allí unos días viviendo de lo que las personas de la zona me daban. Conseguí dinero robando a los turistas que pasaban sin que se dieran cuenta y ese dinero lo guardaba siempre conmigo. Me hablaron de alguien que te llevaba a España en pequeños botes. Tenía suficiente dinero como para intentar llegar a España de esta manera; así que, sin pensarlo dos veces, compré una plaza para ir en ese bote.

Llegó el día, vi a mucha gente allí; no me habían dicho que íbamos a ir tantas personas en aquel bote tan pequeño, pero dijeron que era seguro, que no pasaba nada y, como pude, me monté. En mitad del mar, el bote empezó a inclinarse y volcamos. Afortunadamente, un barco grande se acercó a nosotros y nos rescataron. Nos llevaron a un edificio donde había mucha gente como nosotros, nos dieron comida, agua y ropa nueva. Pasé una temporada allí, hasta que cumplí 16 años.

Una de las cosas que más me ayudó en ese sitio, fue que me enseñaron a hablar castellano. Tuve distintos trabajos pero siempre eran temporales; todavía no había encontrado a la gente amable y comprensiva. Entonces marché a Madrid, la capital de España (quizás toda esa gente amable y comprensiva estaba allí).

Cuando vi Madrid me pareció gigante ya que era el doble o el triple que Damasco. Pensé que, al llegar allí, encontraría trabajo fácilmente, pero no fue así. Sobrevivía con lo que la gente me daba en la calle.

Agotada, derrotada, sin ilusión, sin casa, sin amigos, pensé que lo mejor era dejarme ir.

Comenzó a llover, el frío sería mi aliado, me dormiría y ya nunca despertaría.

La lluvia ya no me mojaba, miré hacia arriba y vi que alguien había puesto su paraguas sobre mí. Tendía su mano hacia mí, cogió la mía. Tirando con fuerza, me levantó y entonces descubrí que aquella persona era María.

Y me dijo

***“No importa las veces que caigas, solo importa las veces que te levantas”***